

COMEDIA FAMOSA

LA ROMERA DE SANTIAGO

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

EL REY ORDOÑO.	RELOX, <i>jacayo</i> .
LINDA, <i>Infanta</i> .	CONDE GARCÍ FERNÁNDEZ.
BLANCA, <i>dama</i> .	FRUELA.
XIMENO.	RAMIRO.
LAURO.	URRACA.
DOÑA SOL.	CRIADOS.
ORTUÑO.	MÚSICA.
EL CONDE DON LISUARDO.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen los que pudiesen de acompañamiento, y el Conde don Lisuardo, de camino, y Ordoño, Rey de León, y Doña Linda, Infanta, su hermana, y siéntanse el Rey y la Infanta.

ORDOÑO. ¿Conde?

LISUARD. ¡Señor!

ORDOÑO. Escuchad.
La memoria de los reyes hace asegurar las leyes del temor y la lealtad, con el premio y el castigo, que son los polos por donde suelen navegarse, Conde, estos dos mares que digo. Porque la definición de la justicia es igual medida, que cada cual con la pena ó galardón da lo que le toca. Yo estoy de vos obligado, y vos no tan bien pagado

como el valor mereció de vuestra heroica persona, puesto que para pagallo es poco con tal vasallo partir, Conde, la corona, y por ver si corresponde la paga al valor igual, quiero hacer un memorial de vuestros servicios, Conde. Cuando el moro de Navarra, en ofensa de León, quiso hacer ostentación de su persona bizarra, saliendo yo con la mía del Marte alarbe navarro, al paso, vos tan bizarro anduvistes aquel día que nos dimos la batalla, que cuerpo á cuerpo le distes muerte y en fuga pusistes toda la alarbe canalla; y tanta africana luna metistes de esta ocasión arrastrando por León, que envidié vuestra fortuna más que la de haber nacido Rey, en fin, porque es mayor

(1) Figuran además, BERMUDO, FÁVILA y PELAYO.

imperio el que da el valor que el que en la tierra han tenido los principes que nacieron con la dicha de heredallo; que á tan valiente vasallo Reyes llegar no pudieron. Cuando sobre el feudo entró Garcí-Fernández, el Conde de Castilla, hasta adonde el Esla los pies bañó á sus soberbios caballos, sobre la puente del río no mostró el romano brío de Oracio para estorballos el paso más valentía que vos, pues á voces dijo que erais rayo, que erais hijo del sol, Castilla, aquel día. Cuando el moro cordobés las cien doncellas pidió que Mauregato le dió, rey infame, vil leonés, y le obligó mi respuesta á que pusiese en campaña de la morisma de España cuanta gente al arco apresta, adarga embraza y empuña, lanza jineta aprestando otro berberisco bando por la gallega Coruña haciendo empeñar el suelo y que el Africa se asombre, ¿no levantastes el nombre de Ordoño segundo al cielo? Si estos los servicios son del Conde don Lisuardo, y hacerle merced aguardo, una Infanta de León, legítima hermana mía, sola los basta á pagar, y hoy la mano os he de dar; de más de que merecía vuestra sangre este favor, que no será la primera que honrar vuestra casa espera.

LISUARD. A tanta merced, señor, ni sé responder, ni acierto á agradecer con razones; bien que en tales ocasiones es cordura el desacierto. Considere Vuestra Alteza lo que propone mejor, porque le viene el favor muy sobrado á mi nobleza.

ORDOÑO. Yo tengo considerado, Conde, el favor que os he hecho, y es justicia y es derecho, razón y razón de Estado; porque á granjear los dos, Conde, venimos así: tanto me conviene á mí como os está bien á vos. Linda, mi hermana, ha de ser vuestra esposa, y dad la mano á la Infanta.

LISUARD. El soberano favor me ha de enloquecer.

ORDOÑO. Levántese, Linda, á dar la mano al Conde.

LINDA. Ocasión es, según sus partes son, que se pudo granjear á costa de mis deseos.

LISUARD. Llegar á tanto en tan poco me ha de hacer que goce loco tan soberanos empleos; traición parece que ha sido al gusto y á la ventura.

ORDOÑO. Quien pagar, Conde, procura lo mucho que habéis servido, de esta suerte lo ha de hacer. Vuestro valor os levanta á la alteza de una Infanta.

LISUARD. Sólo os puede responder, Ordoño, en esta ocasión, para no caer en mengua, el silencio, que en la lengua no hay sentimiento en razón del saber encarecer tan nunca vistos favores.

ORDOÑO. Si pudieran ser mayores no los dudara de hacer. Dé la mano Vuestra Alteza, hermana, al Conde.

LISUARD. Dejad que imagine que es verdad tanto bien, tanta grandeza primero, Ordoño valiente, generoso, heroico y justo, porque el gusto como el susto puede matar de repente. Con mil vidas que perdiera por vos, con que derramara de sangre un mar, no bastara para que comprar pudiera lo menos del bien que aguardo tan sin pensallo.

LINDA. Yo estoy pagada en saber que soy del Conde don Lisuardo. Esta es mi mano y con ella el alma os rindo también.

LISUARD. Si no es sueño tanto bien, loco estoy. Linda más bella que el sol en belleza y nombre, á tanto cristal, á tanto del cielo, y de amor espanto, no hay alma que no se asombre y mil tener estimara para ofrecer con la mano á vuestro pie soberano, prodigio de la más rara belleza que ha visto el suelo, de cuya mano divina con la mía el alma indina mide al sol rayo de hielo; puesto que en empresa igual más lince amor, que Dios ciego hoy trueca flechas de fuego á cometas de cristal. Pero, señor, ¿con qué intento si esta merced me intentastes hacer, ponerme mandastes de camino? Un casamiento

tan alto, ¿no requería galas cortesananas, antes que cosas que tan distantes son para tan grande día como las botas y espuelas? Perdonad, que enigmas son tan notable prevención de caminar, tantas velas de plumas en mis criados, tremolando al aire ya, adonde copiando está la primavera los prados en las galas de colores y á quien el sol hace fiesta, de cuya hermosa floresta son clarines ruiseñores, y tanto apercibimiento como León sale á ver, dando, Ordoño, en qué entender al sol, al Abril y al viento, y todo tan diferente que obliga á esta admiración.

ORDOÑO. No ha sido sin ocasión; escuchadme atentamente. Desde el día que tomé la resolución postrera de caseros con la Infanta, mi hermana, con su belleza premiando vuestros servicios, quise que las bodas nuestras fuesen en un mismo día, para juntar ambas fiestas y para mostrar el gusto que yo tengo, Conde, en ellas, porque corramos los dos en el estado parejas; pues para tomarle yo fué necesario que hiciera primero las de mi hermana, que es obligación y es deuda con que los varones nacen; y aunque Polonia y Bohemia, Flandes, Borgoña y Castilla me la han pedido, más fuerza las obligaciones, Conde, que os tengo, me han hecho, y éstas con la merced de la Infanta aún no quedan satisfechas. Esta es la causa de haberos mandado con la grandeza que tenéis, Conde, aprestada, que os pusieseis las espuelas para que, luego que á Linda la mano dieseis, partiera vuestra persona á tratar mis bodas á Inglaterra con Margarita, segunda hija de Enrico, tan bella, que la fama pasó el mar hasta León con las nuevas, para cuyo efecto agora en la Coruña os esperan cuatro bajeles, redondos escollos que el mar navegan, tan valientes y veloces caballos en la carrera, del campo de las espumas,

que en pocos días las leguas que hay desde allí hasta Plémúa medirán, poniendo en ella duda al viento si son hijos de su propia ligereza. En aqueste pliego, Conde, va la carta de creencia, la instrucción y mi retrato. Dadme los brazos y sepa Inglaterra por vos de la Corona leonesa la grandeza y el valor.

LISUARD. Perdonara á Vuestra Alteza la merced por la pensión que viene, Ordoño, con ella. Si fuera llevando á Linda fuera donde el sol no llega, adonde trueca en la Libia por átomos las arenas; pero no sé con qué vida, con qué esperanza sin ella podré llegar donde voy.

ORDOÑO. Con el gusto de la vuelta la ausencia puede sufrirse.

LISUARD. Como el rigor de la ausencia primero se ha de pasar, es necesario que sea el valor más confiado, más valiente la paciencia, más sufrida la memoria, la esperanza más resuelta; mas donde méritos faltan justo es que haya en recompensa tanto infierno á tanto cielo, á tal gloria tanta pena.

ORDOÑO. Esto es tan forzoso, Conde, como veis, que por que fuera á esta embajada con más autoridad y grandeza vuestra persona, he querido honraros desta manera, dando primero la mano á la Infanta: de Su Alteza os despedid, y adiós, Conde. (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos el REY.

LISUARD. No tiene valor ni fuerza para tanta empresa el alma.

LINDA. Conde, Dios os guarde y vuelva á León con la salud que, como es razón, desea quien ha de ser vuestra esclava. Porque, si es igual la ausencia, entre dos que están amando, del que parte y del que queda, partamos los sentimientos entre los dos, por que sean, partidas y acompañadas, Conde, menores las penas; que yo os aseguro, Conde, que lleváis á Inglaterra un alma que os acompaña, tan fina y tan verdadera

amante, en fe de la mano que os di, que podréis con ella tener del tiempo al pesar penas y gustos á medias. Y á Dios que os guarde.

LISUARD. Esperad, dejad que deje en la esfera de la nieve de esas manos con la boca el alma impresa.

LINDA. En el alma queda, Conde, donde con firmeza eterna ha de vivir; Dios os guarde.

LISUARD. Haced, Oriente, esas rejas para verme partir; nazcan vuestros dos soles en ellas otra vez, no se me pongan tan presto.

LINDA. Conde, quien tenga menos causa de querer, menos razón de estar ciega, atreverse puede á tanto. Permittedme, pues es fuerza el ausentarse, que escuche el mal, y que no le vea, y guardaos Dios. (Vase.)

LISUARD. Dios os guarde. Loco voy, y no me dejan las mismas ansias partir. ¡Mal haya, enemiga ausencia, quien de amor te llama olvido siendo pasión que te aumentas en la misma privación!

ESCENA III

Sale RELOX, de camino con fieltro.—DON LISUARDO.

RELOX. No ha de ser mi norabuena la postrera, ¡vive Dios! Perdona la palaciega ceremonia el caminante traje de fieltro y librea que á pisar indignamente entre estas salas; y luengas edades goce Vusía, vuesaencia ó Vuestra Alteza á la Infanta, mi señora, que se me ha puesto en la testa que ha de heredar á León, porque le he visto con muestras de impotente al Rey notables.

LISUARD. ¿De qué suerte?

RELOX. Es cosa cierta: todo lampiño de barba y bigotes no procrea, porque son en el varón señales de fortaleza, como en éstos de templanza, y si alguna vez engendran en sus clucos desposorios, son aves para la Iglesia.

LISUARD. ¿Cómo?

RELOX. Capón es no más gente que trae sin vergüenza huevos de avestruz por caras, que las pestañas y cejas

les han dado de barato, aunque algunos se consuelan cuando ven los angelitos pintados, pues con ser esta gente más honrada que ellos, en cinco mil primaveras de edad jamás han barbado.

LISUARD. Siempre estás de una manera. ¡Oh lo que envidio tu humor!

RELOX. También tengo mis tristezas; también gozo mis pesares; también lloro mis ausencias; también hay Juana y Lucía, Marina, Aldonza y Quiteria de quien despedirse el hombre; que llevo de una gallega en el alma atravesados trece puntos de chinela que, á estar en un facistol, pudieran cantar por ellas un motete, porque anduvo, según la apariencia enseña, con esta nación de pies pródiga naturaleza; y no tres puntos, seis puntos... ¡Jesús! en unas talegas traigo los pies, y son vainas donde el juanete profesa tan gran clausura, que obliga con las meninas tijeras á la cuchillada en cruz, y dice abajo una letra: «Aquí mataron á un callo, rueguen á doña Teresa que se calce un punto más, porque desta suerte tenga su apretado pie en descanso de cordobán y de suela.»

LISUARD. Reirme has hecho sin gana de tus disparates.

RELOX. Pecas mortalmente contra amor y no has de hallar quien te absuelva. ¿Sin gana? ¡qué grosería! ¡qué ingrata correspondencia! ¡qué poca fineza! ¿Cómo te puede sufrir la tierra? ¡Jesús, Jesús, qué notable delito! Dios te convierta, despojado Jeremías, amante de la ley vieja, Heráclito de los Condes.

LISUARD. ¡Ah borracho!

RELOX. ¿Quién lo niega?

LISUARD. Adiós, Linda; adiós, hermoso cielo de amor, pues es fuerza dejaros, que hasta volver el alma en rehenes queda, y adiós, que parto sin alma. (Vase.)

ESCENA IV

RELOX solo.

¿Sin alma? ¡qué borrachera! Dóysela de dos la una á cualquier difunto. ¡Oh bestias

de amor! ¡Oh locos amantes, qué presto que el alma dejan, y como quien no hace nada se van por su pie sin ella trecientas leguas! Bien haya un lacayo, que si llega á despedirse de Elvira, de Catalina ó de Menga, no trata de almas ni trata de más que de dar la vuelta con alma y cuerpo y tomar lo que le dan por fineza, si son cuellos ó camisas y sin lágrimas ni quejas, suspiros ni otras embrollas, se despide á media rienda con un abrazo en aspón y un beso de castañeta; y sin hacer más misterios él se va y ella se queda. Yo le sigo; ¡ah, pobre Conde! ¡Cuál baja las escaleras de palacio! No me espanto de que la causa merezca este enamorado aplauso, que Linda, la Infanta, es bella, y es Infanta de León.

ESCENA V

Arriba en una ventana LINDA y BLANCA.—DICHOS.

BLANCA. Del Conde es esta librea.
LINDA. Llámale, por vida tuya, Blanca.
RELOX. Adiós, paredes llenas de nidos de golondrinas, mondongas y urracas dueñas. Adiós, patios de palacio donde tantas y tan necias pretensiones paseadas hacen señal en las piedras.
BLANCA. Hola, ¡ah, lacayo del Conde!
RELOX. ¡Qué soberana belleza en tiple me está oleando!
LINDA. ¿Quién sin ser cura me olea?
BLANCA. ¿Partióse ya el Conde?
LINDA. Mira que te está hablando Su Alteza.
RELOX. Ya lo miro con dos ojos y con treinta reverencias.
LINDA. ¿Partióse el Conde?
RELOX. Según su sentimiento y su flema pienso que no.
LINDA. ¿No eres tú su criado?
RELOX. Y de Su Alteza muy servidor, porque soy, hablando con reverencia, á quien tiene el Conde muchas obligaciones y deudas, de hacer merced por servicios, que de persona y de lengua le he hecho veinte años ha.
LINDA. Privarás con él, que muestras desenfado cortsano.

RELOX. Tengo muchas excelencias.
LINDA. ¿Cómo te llamas?
RELOX. Relox.
LINDA. ¡Notable nombre!
RELOX. A mi abuela le debo, después de Dios, porque fui desde la teta al relox tan semejante, que no hay cosa que convenga tanto conmigo en tener puntualidad en la eterna vigilia de no dormir, porque tengo la cabeza con notable sequedad; y no se halla quien duerma menos que el relox, pues nunca como frenético deja de dar en su tema á voces, como yo doy en mi tema, en estar midiendo siempre el tiempo en aguar las fiestas, diciendo: «Las doce son, las dos darán las primeras, mañana es viernes, señores;» y ya que en dar no parezca relox, en pedir lo soy; sólo doy en las tabernas, que son mis parroquias, donde tragos por horas me cuestan por cuartos y por cuartillos.
LINDA. Pues haz, Relox, que no sean del tiempo á pesar las horas tan largas en esta ausencia; apresura al sol los pasos, los siglos al tiempo abrevia y te deberá la vida, aunque es tan á costa della.

ESCENA VI

Salen GARCÍ-FERNÁNDEZ y XIMENO, criado.—DICHOS.

XIMENO. A gran cosa te aventuras si el mismo día que llegas enamorado á León en demanda desta empresa al Conde don Lisuardo da el Rey á Linda, pues quedan capitulados y dadas las manos, premisas ciertas de que su esposo ha de ser, luego que de Ingalaterra vuelva el Conde.
GARCÍ. Nunca amor de lo más fácil se precia. Garcí-Fernández, el Conde de Castilla soy, y heredan más altas obligaciones mi valor y mi nobleza. Y aunque me niegue su hermana por nuestras pasadas guerras y diferencias, Ordoño, pretendo ser dueño della, ó en la empresa he de morir.
RELOX. Dadme, señora, licencia, porque el Conde, mi señor, á estas horas galopea

fuera de León, por dar más presto á veros la vuelta, y soy de la infantería y he de caminar por fuerza delante de su caballo ó al lado de su litera.
LINDA. Dile al Conde...
GARCÍ. Damas hay, don Ximén, en estas rejas que caen á los corredores.
RELOX. Guarde Dios á Vuestra Alteza.
GARCÍ. La Infanta es, y éste sin duda que despidiéndose della está, es lacayo del Conde. Dios te guarde.
LINDA. Adiós.
RELOX. Espera, Linda.
y esta banda que te arroja Blanca, al Conde, Relox, lleva para que al cuello en mi nombre le acompañe en esta ausencia, á quien le da mi esperanza la color y mi firmeza el oro, y vuélvale el cielo con la salud que desean mis ojos verle en León.
(Da la banda á Blanca y éntrase.)
GARCÍ. Ximén, si no pareciera locura de amor, matara al lacayo.
BLANCA. Relox, esta es la banda; adiós.
(Echa la banda y éntrase.)
RELOX. Adiós.
(Llega Garcí-Fernández y cógela al vuelo.)

ESCENA VII

Dichos, menos las damas.

GARCÍ. Aparta, villano, y deja trofeos de quien tus manos son tan indignas, y cuenta á tu dueño cómo un hombre de más valor, de más prendas, enamorado y celoso, con esta banda se queda; que me la pida del modo que quisiere cuando vuelva de Ingalaterra, que yo le aguardo en León, si fuera un Hércules, un Aquiles, que no es razón que merezca favores tan soberanos menos que quien dueño sea del mundo, como Alejandro, para hacer á Linda reina del mundo, ó Garcí-Fernández, Conde de Castilla, esfera donde esta banda ha de ser, á pesar de la tormenta de mis celos, arco hermoso de la paz que amor desea.
RELOX. Vamos, Ximén.
¡Vive Dios!

GARCÍ. ¿Qué dices?
RELOX. ¿Yo? que me tengas por tu amigo.
GARCÍ. Vete, pues.
RELOX. Ya me voy; pero...
GARCÍ. ¿Qué esperas?
RELOX. Nada, por cierto; mas mira, si es posible con más flema, que es de la Infanta esa banda y que no hay burlar con ella ni con el Conde, mi amo, á quien se dirige, y fuera razón tener cortesía; y cuando no se la tengan ausente, soy hombre yo que la banda de Su Alteza con tanta superchería tranizada por fuerza, y en este lugar, sabré...
GARCÍ. ¿Qué sabrás?
RELOX. Irme sin ella. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos RELOX.

GARCÍ. Loco con la banda voy.
XIMENO. ¡Notables cosas intentas!
GARCÍ. Para los pechos tan grandes se hicieron grandes empresas.
(Vase.)

ESCENA IX

Sale LINDA.

Cansada ausencia, dolor en el alma tan asido, parece que habéis nacido de un parto con el amor. Vuestro enemigo rigor á un mismo tiempo sentí que del amor conocí el movimiento primero, tanto que de ausencia muero desde que al amor nació. Cuando yo no conocía qué era amor, imaginaba que quien á querer llegaba de ningún pesar sabía; mas agora cada día los daños de la apariencia desengañan la paciencia, que hallando á su mal testigos va descubriendo enemigos en el campo de la ausencia. Pensaba yo que el mayor era la ausencia no más, y vanme enseñando más las espías de mi amor, porque celoso temor, las sospechas y el olvido acometen al sentido, monstruos de tanto poder que se dan á conocer primero que hayan nacido.

ESCENA X

Sale BLANCA.—LINDA.

BLANCA. Señora.
LINDA. Blanca.
BLANCA. Tu hermano
manda avisarte primero
porque cierto caballero,
embajador castellano,
quiere besarte la mano,
y él excusa darle audiencia
con esto, que en tu prudencia
libra el desengaño.

LINDA. Ya
entiendo al Rey. ¿Dónde está?

BLANCA. Aquí, aguardando licencia.

LINDA. Dile que entre, que su intento
justamente de mí fia.
Notablemente porfia
Castilla en mi casamiento;
en pie recibille intento,
por que no quiero obligarme,
que se siente con sentarme.

ESCENA XI

Sale GARCÍ-FERNÁNDEZ con la banda puesta.—DICHOS.

BLANCA. Llegá, que Su Alteza espera.
GARCÍ. ¡Qué hermosamente severa
el audiencia aguarda á darmel
¡No he visto mayor valor
con tan divina belleza!
Deme los pies Vuestra Alteza.

LINDA. Levantaos, Embajador.
GARCÍ. Como otra deidad de amor
suspende, turba y admira
á quien su hermosura mira.

LINDA. O es deseo ó ilusión,
ó hace la imaginación
casi verdad la mentira,
ó esta es la banda que di
para el Conde. Blanca, escucha.

GARCÍ. Mucha es su cordura, y mucha
su beldad; no estoy en mí.
LINDA. ¿No es esta mi banda?

BLANCA. Sí,
señora, ó tan semejante,
que es á engañaros bastante.

LINDA. La semejanza me está
quitando el sentido.

GARCÍ. Ya,
para poder ser amante
más dichoso y confiado,
en sus divinos despojos
la Infanta ha puesto los ojos
con particular cuidado;
siempre la fortuna ha dado
victoria al que es atrevido.

LINDA. Perdiendo estoy el sentido.
¡Qué notable confusión!

GARCÍ. De tan justa suspensión
como viéndoos he tenido,
puedo valerme, señora,
para salvar el cuidado
de no haberos preguntado,

LINDA. lo que es tan justo, hasta agora.
¿Cómo estáis?

LINDA. Como quien llora
la ausencia del Conde.

GARCÍ. ¡Ay, cielos!

LINDA. Cuanto escucho y miro es celos.

GARCÍ. El de Castilla pudiera,
señora, formar de vos
quejas, pues siendo los dos
de un nacimiento y esfera,
permitís que los prefiera
de vuestro hermano un vasallo.

LINDA. Ya en él tantas partes hallo,
después que le he dado el sí
y que la mano le di
de esposa, que aun igualallo
quien goza la monarquía
del Imperio no podrá;
y desengañarse ya
el de Castilla podría
sabiendo que no soy miá,
y que á sus cartas molestas
tan diferentes respuestas
tiene de Ordoño, mi hermano.

GARCÍ. Ama como castellano.

LINDA. Son necias finezas éstas
cuando me ve en esperanzas
de otro dueño.

GARCÍ. No es razón
que hasta estar en posesión
que tenga desconfianza;
y hasta agora prenda alcanza
de esas manos, que á su amor
da esperanzas el calor
con que á dar celos se atreve
al sol, aunque no le lleve
otro bien su embajador,
que está dando afrenta al día
de tus soles que hurtó al viento;
perdona el atrevimiento
y sus colores confía,
que una amorosa osadía
méritos gana.

LINDA. Es verdad,
cuando está la voluntad
de cobarde recatada;
mas prenda sin gusto hurtada
tiene poca calidad;
porque tan necia osadía,
y á persona como yo,
si en delito no incurrió
no escapa de grosería;
y no es bien que prenda mía
nadie goce á mi pesar,
que no quiero averiguar
de la manera que ha sido,
sino dejarte corrido
con llegártela á quitar.
(Arráncasela del cuello.)

LINDA. De mi firma y de mi mano
esta respuesta y no más
á tu dueño llevarás,
embajador castellano;
y por vida de mi hermano

y del Conde, si en razón
desto has hecho relación
de mi autoridad ajena,
que te cuelguen de una almena,
la más alta de León. (Vase.)

ESCENA XII

GARCÍ-FERNÁNDEZ solo.

GARCÍ. Esquivos arrojamientos,
varoniles bazarías
contra obstinadas porfias
de imposibles escarmientos;
que cuando los pensamientos
ciegos con su error se casan,
más los límites traspasan
del fin en que se desvelan
con desengaños que hielan
y con desdenes que abrasan. (Vase.)

ESCENA XIII

Salen el Conde DON LISUARDO y FRUELA, LAURO,
RAMIRO y RELOX, criados.

LISUARDO. Ya me parece que es hora
de caminar, que los rayos
del sol, licencia á las sombras
por el ocaso van dando;
que basta lo que hemos sido,
mientras su fuerza ha durado,
huéspedes de estos laureles
y de estos cristales claros.

RELOX. El Marqués de Mantua fuiste,
hoy con todos tus criados.

LISUARDO. ¿Cómo, Relox?

RELOX. Porque á todos,
dando á la merienda aplauso,
alrededor de una fuente
mandaste sentar.

LISUARDO. El campo
nos brindó.

RELOX. ¿Qué te parecen
los de Galicia?

LISUARDO. Retratos
de los jardines Hibleos.

LAURO. Los Elíseos los llamaron
muchos antiguos.

LISUARDO. Tuvieron
razón, que pienso que el Mayo
de estos campos, de estas cumbres,
es eterno ciudadano,
y que pueden á cristales
hechos en peñas pedazos,
apostar el Sil y el Miño
con Guadalquivir y el Tajo,
cuyas fértiles riberas,
para hacer por Abril palio
al sol, parece que están
flores á estrellas copiando.

LAURO. Plata y verde es la librea
que dan los montes bazarros,
siendo por faldas y cumbres
los arroyos pasamanos,
bendiciendo con las lenguas

que primero murmuraron,
al zaíro de los cielos
la esmeralda de los prados,
que á no gozállos tan triste
de ausente y enamorado,
fuera pasar por el cielo.

RELOX. Alabando estás de espacio
los arroyos y los ríos,
cuando nos está brindando
Ribadavia, á quien venera
santa nación, por el santo
licor, que sobre un magosto
de castañas, hace raros
milagros; perdonen todos
cuantos hay, tristes y blancos,
que este es el rey de los vinos,
ó el monarca.

LAURO. Eso está claro.

LISUARDO. Fértil tierra.

RELOX. De esa suerte
bien puede un lacayo honrado
decir que es gallego agora.

LISUARDO. ¿Por qué no, si estos peñascos
á Castilla y á León
tan honrada sangre han dado,
que para gloria del mundo
basta el blasón de los Castros,
en Galicia tan antiguo?

RELOX. Y los Relojos, ¿es barro
desde que se usaron horas?
Gente que siempre está dando,
á imitación de los Condes
y Marqueses.

LISUARDO. Relox, paso,
no te desconciertes.

FRUELA. Siempre,
cuando está desconcertado
el reloj, suelen decir:
«el reloj está borracho.»

RELOX. No quitando lo presente,
señor escudero, hablando
con reverencia.

LISUARDO. En efecto:
¿el camino de Santiago
es éste?

RAMIRO. Y en toda Europa
no hay camino más cosario,
aunque éntre el de Roma y éntre
el del Sepulcro sagrado
de Jerusalén.

LAURO. No tiene
el mundo provincia en cuanto
el bautismo se predica
que á este antiguo santuario
de nuestro Patrón no envíe
peregrinos, ni apartado
mar, adonde el pasajero
y el piloto del naufragio
en la pared de su templo
no cuelgue tabla ó milagro,
ni en las mazmorras de Fez
ó Argel, cautivo cristiano
que no traiga la cadena
de su libertad, pagando
las gracias en esto al cielo
y al Patrón de España.

FRUELA. Es tanto,

que al camino que en el cielo por causa de estar cuajado de estrellas llamó el gentil camino de leche, han dado en llamarle vulgarmente el camino de Santiago.

RELOX. Y es de suerte, que viniendo cierto labrador cansado del campo á su casa humilde una noche de verano, queriendo hacelle su esposa lisonja, en medio de un patio le puso la cama al fresco; mas él, los ojos alzando al cielo y mirando encima el camino de Santiago, dió voces á su mujer, y dijo: «¿No habéis mirado dónde la cama habéis hecho? ¿Queréis que se caiga acaso un bordón de un peregrino de los que van caminando, frasco lleno ó calabaza, y que me quiebre los cascos?» Y creyéndolo los dos, á un aposento, temblando, con más miedo que vergüenza, los colchones retiraron.

LISUARD. El cuento me ha dado sed.

RELOX. ¿Y risa no? ¡Caso extraño!

LISUARD. Basta la que aquella fuente entre cristalinos labios muestra, brindando á bebella.

LAURO. ¿Quieres agua?

LISUARD. Tráela, Lauro, en un cristal que compita con el hermoso y helado de esa fuente. *(Va por ella.)*

RELOX. ¡Infame antojo!

En mi vida me brindaron para beber fuentecicas ni arroyuelos despeñados por traidores contra el vino. Siempre entre dientes hablando, y si por desdicha enferma de tercianas un cristiano, no hay fuente que le socorra, con andar por esos campos, sin tener que hacer baldías, y no puede ser aguado sino un rocío.

(Sale Lauro con un vidrio de agua.)

LAURO. Aquí está el agua.

LISUARD. Muéstrala, Lauro, y partamos.

ESCENA XIV

Salen Doña Sol y Doña Urraca de peregrinas.

DICHOS.

SOL. ¿Señor Conde?...

LISUARD. ¡Notable belleza!

SOL. Dadnos limosna á estas dos romeras que vienen de Santiago.

LISUARD. Del mismo cielo parece que las dos habéis bajado. Merced me haced de correr á los rostros soberanos de los volantes dichosos las cortinas.

SOL. No llegamos haciendo esta ostentación; si sois servido de darnos limosna, hacednos merced, y si no, el Apóstol santo en esta jornada os gule.

LISUARD. ¡Esperad, esperad!

SOL. Vamos con diferentes intentos.

LISUARD. No es cortés término darnos con las espaldas tan presto, ni novedad suplicaros que los volantes quitéis.

SOL. A quien es tan cortesano, tan caballero y señor, no será razón negallo, por no parecer nosotras descortesas también. *(Descúbrense.)*

LISUARD. ¡Raro y más que admirable extremo de hermosura! No me acabo de persuadir que es verdad tan peregrino milagro de honestidad y belleza.

SOL. Bebed, señor, y mandadnos dar limosna.

LISUARD. ¿Cómo pide limosna quien está dando pródiga, al mundo hermosura, rica, al sol rayos dorados, poderosa, al cielo envidia, divina, al tiempo milagros? Quien ha menester pedirnos, romera, ¿cómo ha de daros, ni qué ha menester pedir quien almas viene robando?

SOL. Yo soy, Conde, una mujer de Castilla, noble tanto como su Conde; hice voto de visitar el sagrado sepulcro de nuestro Apóstol; de esta suerte caminando á pie y pidiendo limosna, aunque traigo mis criados detrás con una litera para los forzosos pasos del camino, vuelvo ahora después de haber visitado su sepulcro y su Padrón, á Castilla, publicando mi devoción en las conchas, veneras y santíagos de azabache y de marfil, que, como es costumbre, traigo en sombrero y esclavina; y quien sois, sabiendo acaso de los vuestros, á pedirnos las dos limosna llegamos; ved si nos la habéis de dar, ó guardaos Dios.

LISUARD. Alejandro

quedara corto, señora, en esta ocasión. No hallo para serviros, si no es esta cadena que alabo los diamantes, cuando estén en vuestras hermosas manos, por los mejores que ha visto Ceylán.

SOL. Nosotras no vamos sino es pidiendo limosna por el voto de que os hago, señor Conde, relación, y los diamantes dejaldos para quien tan bien los luce, que allá en Castilla no estamos las mujeres como yo tan faltas dellos, que traigo algunos con que poder serviros y regalaros, que pueden desafiarse con más de una estrella á rayos. Y el cielo os guardé con esto, que me parece que estamos los dos mal de esta manera: vos, el tiempo dilatando de caminar; yo, con vos pasando ya del recato los límites que me debo, y que por quien soy me guardo, y es razón no detenerme, ni entreteneros hablando, caminaréis más aprisa y beberéis más despacio.

LISUARD. Detente, que, vive Dios, que es rigor demasiado partirte de esa manera.

SOL. Pues ¿qué quieres?

LISUARD. ¿Qué más claro te pueden hablar mis ojos de lo que te están hablando?

RELOX. Y vos, dulce motilona, de este hermoso castellano serafín, no os vais; mirad que hay también quien os ha dado más corazón que á Belerma.

URRACA. ¿Y es Durandarte el lacayo?

RELOX. ¡Qué presto me conociste!

URRACA. ¿No basta el fieltro por ramo del vinagre que vendéis?

RELOX. Romera de los diablos, poco á poco, que, por Dios, que somos de un mismo paño, y que te haré una manera, sin saber cómo ni cuando, en el alma.

URRACA. ¿De qué suerte?

RELOX. Con un beso y dos abrazos.

URRACA. Yo lo doy por recibido; pero sepa que me llamo Urraca y soy de Castilla, y conmigo, señor Ganso, no hay zorroclocos.

RELOX. Vertiendo estás por ojos y labios seis mil ducados de renta.

URRACA. ¡Encarecimiento extraño!

RELOX. ¿Pues hay más que encarecer

que con dinero sepamos? ¿Hay mayor donaire; hay cosa de más hermosura?

SOL. Tanto os hacéis desentendido de lo que soy, que me canso de estar cansada con vos de advertiros y escucharos; hacedme merced de hacer como quien sois, y dejarnos proseguir nuestro camino, sin que nos impida el paso poco decoro á la sangre que tengo, al antiguo y claro blasón de algún apellido que honra á España y que heredaron estos nobles pensamientos que veis, y que están brotando valor y honor por los ojos, por las palabras, por cuantos átomos de sangre tengo de ser mujer; que esto al alto y al humilde suele siempre obligar y al más bizarro. Sabed ser galán cortés, no grosero cortesano.

LISUARD. Dejadme besar la nieve de una mano.

SOL. De mi mano esperad, Conde, más castas hazañas, y reportaos; no pasen las groserías á poder llamarse agravios, que ¡vive Dios! que mujer como soy, sepa dejaros con desengaños de libre, con presunciones de ingrato, con escarmiento de necio y castigos de villano. Vamos, Urraca. *(Vanse.)*

ESCENA XV

DICHOS, menos Doña Sol y URRACA.

RELOX. ¡Y por Dios que ella no es mal papagayo!

LISUARD. ¡Mujer peregrina en todo!

LAURO. ¿Has de beber?

LISUARD. No, me abraso; para tan poco remedio, reparte á esas flores, Lauro, ese cristal para perlas, y caminemos, que parto sin mí, dejando los ojos en ese prodigio helado de amor, en ese desdén peregrino, en ese mármol imposible.

RELOX. ¿Y Linda?

LISUARD. Linda, de mi amoroso cuidado ha de ser eterno dueño; y es en semejantes casos mujer propia, diferente de la que ciego idolatro por invencible y ajena.

RELOX. ¿Apenas estás casado, cuando al primer trascartón quieres dar matrimonio?

LISUARD. Déjame, necio.

RELOX. Confieso que es verdad, que no te hablo al gusto, que eres señor al fin, y yo un mentecato. Digo, que la peregrina es querubín soberano, y que puede con los ojos matar á Poncio Pilato; y el contrapeso me deja perdido por sus pedazos, y que pretendo ser tordo de tan dulce Urraca.

LISUARD. Vamos, y pase la gente toda delante, y sólo un lacayo, que es Relox, quede conmigo, y cuatro ó cinco criados, que quiero ir un poco á solas.

RELOX. ¡Oh, mental enamorado!

LISUARD. Loco por tus ojos voy, romera de Santiago.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen Doña Sol y Urraca solas, de la misma suerte que primero.

URRACA. Notablemente sentiste que te pidiese favores el Conde.

SOL. Urraca, no ignoras que esto hasta aquí me trae triste. ¡Que un señor, un caballero que más cortés debe ser con una honesta mujer anduviese tan grosero! ¿Diéronle acaso mis ojos, Urraca, alguna ocasión?

URRACA. Cuando tan livianos son animan á los antojos; culpa á tu misma hermosura de su atrevimiento.

SOL. Calla, que estas son disculpas que halla la necesidad. ¿Por ventura estoy obligada á ser fea para no perderme el respeto, sin valerme el que debe á una mujer cualquier hombre principal, que es lo que se debe á sí?

URRACA. Tienes razón; pero di: ¿cómo te parecen mal todos los hombres?

SOL. Urraca, nació con esa aspereza.

URRACA. Siempre fué de la belleza la ingratitud sombra.

SOL. Sacá

de ese número la mía, y llámala inclinación honesta, sin la ambición de la hermosa hipocresía, que se precia, de ordinario, de hacer arte del desdén.

URRACA. Pues que te parezca bien algún hombre es necesario, siendo mujer y naciendo de los hombres.

SOL. Necia estás; no hace diferencia más un hombre presente viendo que de un árbol, una fuente, un edificio, un retrato.

URRACA. Corazón tienes ingrato, pues no hay hombre que te aumente un poco más el deseo que lo que está inanimado. Sin duda que se te ha helado el apetito; no creo que para mujer naciste.

SOL. Esto á quien soy corresponde.

URRACA. ¿Es posible que en el Conde algunas partes no viste que te pareciesen bien?

SOL. ¿Quién, dime, por vida mía, te paga la tercería?

URRACA. ¿Quién te encargó mi desdén? Pues cuándo sueles conmigo tener este atrevimiento?

URRACA. De tu mismo sentimiento son hijos los que te digo.

SOL. ¡Qué bien pareces criada, pues una apenas se ve en el mundo que no esté para tercera pagada!

URRACA. ¡Oh, enemigos no excusados de los dueños que ofendéis! Murmuráis y malqueréis regalados y pagados.

URRACA. ¿Qué de cosas se excusaran si excusaros se pudieran?

URRACA. ¿Mandaste que la litera y los criados pasaran adelante?

SOL. Urraca, sí; porque quiero caminar hasta este primer lugar á pie.

URRACA. Deberánte así, más que á Abril, flores los prados.

SOL. Y yo á ti lo que callares, que no son pocos pesares sufrirte algunos enfados, de mi condición ajenos y nuevos en mí hasta agora.

URRACA. Perdón te pido, señora, y estos campos por lo menos enamoren tu hermosura.

SOL. La suya á la vida avisa en el marchitarse aprisa. Ya parece que procura el sol entrarse en el mar; un poco más caminemos, Urraca, por que lleguemos con luz alguna al lugar.

ESCENA II

Salen el Conde Don Lisuardo y todos sus criados embozados, con bandas por las caras y las espadas desnudas.—DICHAS.

LISUARD. ¡Teneos!

URRACA. ¿Qué es esto, cielos?

SOL. ¡Perdidas somos!

URRACA. Urraca, no te aflijas, no te turbes; que estas desnudas espadas no quieren sangre.

URRACA. ¡Ay, señoral; pues ¿qué quieren?

SOL. Oro y plata; que éstos son algunos hombres de obligaciones, que pasan necesidad y procuran de esta suerte remedialla saliéndose á los caminos; deja que los hable.

URRACA. Acaba, y sepamos lo que intentan de esta suerte.

SOL. Camaradas: contra dos mujeres solas menos que una espada basta. Retiradlas, que si vuestra determinación lo causa necesidad de dineros, y dos mujeres honradas, que en este traje caminan, os parece que esa falta pueden suplir, reportaos, y sin armas ni amenazas cortésmente os serviremos.

(Descúbrense el Conde.)

LISUARD. Romera hermosa y gallarda: sólo tu belleza busco.

URRACA. ¡Hablara para mañana!

SOL. ¿Quién sois?

URRACA. ¿Al Conde, señora, no conoces?

SOL. No son trazas estas de hombres como el Conde, y así en quien era dudaba.

LISUARD. Amor me obliga, romera, y tu desdén, que con tanta violencia á buscarte vuelva; procura menos ingrata corresponderme, que estoy perdido.

SOL. Conde, repara en quien soy, y juntamente que en hacerme ofensa agravias lo más noble de Castilla; que soy doña Sol de Lara, Condesa de Lara y hija de don Manrique, á quien llama España el nunca vencido; que puesto que muerto falta á mi honor, dél heredé sangre tan noble, que basta contra las locas porfías.

LISUARD. Pues yo te doy, Sol, palabra de marido.

SOL. Y el primero

que ha hecho cuando se casa estelionato eres tú.

LISUARD. ¿De qué suerte?

SOL. Si á la Infanta de León la has dado, Conde, ¿cómo á un mismo tiempo tratas otro casamiento? Advierte que vienes ciego y que pasas los límites de quien eres, y prosigue tu jornada, que no es razón...

LISUARD. No hay razón en amor.

SOL. Ya se adelanta eso á locura.

LISUARD. Tú misma me disculpas.

SOL. Y tú infamas tu valor.

LISUARD. Ya no hay valor.

SOL. Tendréle yo.

LISUARD. No habrá humana resistencia al amor mío.

SOL. ¿A un ciego apetito llamas amor?

LISUARD. Amor ó apetito, yo he de gozarte.

SOL. Ya manchas con las palabras mi honor.

LISUARD. No han de ser solas palabras.

SOL. Pues serán, Conde, las obras imposibles; lo que el alma rigiese esta sangre noble, animare estas entrañas, alentare este animoso corazón, esta bizarra presunción tuviese en pie, ó dejaré de ser Lara; antes de mis padres hija, doña Sol y castellana.

LISUARD. Mi bien, mi gloria, mi dueño; mujer sois, amor me abraza; vuestro soy, no me matéis con tanto desdén, con tanta ingratitud y aspereza, que no hay ninguna inhumana fera que no quiera bien su semejante; las plantas, las peñas, fuentes y ríos con ser insensibles, aman. Aquel rui señor escucha, y verás que cuando canta amorosas quejas son; mira allí cómo se abrazan con los sauces y los olmos las hiedras enamoradas; hasta aquel peñasco está enamorando las aguas de aquel cristal fugitivo.

SOL. Mira entre esas semejanzas de amor, si nadie por fuerza lo que le niegan alcanza. Amor es correspondencia entre dos iguales almas, que la costumbre la engendra y alimenta la esperanza. Las principales mujeres

de la estimación se pagan,
y esta es hija de los días
con el tiempo acreditadas,
que accidentes repetidos
de amor, finezas bastardas
cuando más arden, se hielan,
cuando comienzan, acaban;
que como del apetito
más que del amor cansadas,
corren por la posesión
y sobre el olvido paran.
Lo que no cuesta deseos
no lo estima el gusto en nada,
que á las fáciles empresas
siempre sigue la mudanza.
Da tiempo al tiempo, enamora,
con estimación regala,
sirve, ruega, desconfía,
escribe, recela, aguarda
y no atropelles por fuerza
prendas de tanta importancia,
pues no vienen á ser gustos
los del cuerpo sin el alma.

LISUARD. De espacio estás, doña Sol;
y mis amorosas ansias
más presurosas caminan.
SOL. No sé si hallarán posada.
LISUARD. Lleva mi amor privilegio.
SOL. Nunca recibe esta casa
huéspedes de esa manera,
porque tiene salvaguarda
del honor y del valor.
Tu ciego amor desengaña,
que no ha de pasar apenas
los umbrales. Conde, aparta,
que el bordón de una romera
con obligaciones tantas,
basta y sobra contra todas
las viles armas villanas
de un descortés caballero.
Haz lo que yo hiciere, Urraca,
ó mataréte también.

URRACA. Haz cuenta que te acompaña
una amazona.

RELOX. Urraquilla,
aceituna sevillana:
si á Relox no hay rindibú
te he de hacer á cuchilladas.

URRACA. De montante he de jugar;
lacayo: guardad la cara,
que he de echaros las narices
dos leguas de las quijadas.

LISUARD. Sol: aunque más rayos eches,
tu defensa ha de ser vana,
que eres Sol, y al paso mismo
que te defiendes, abrasas.

SOL. Por eso, villano Conde,
te sabré quemar las alas.

LISUARD. Ríndete, Sol, á mi amor;
pues al amor veces tantas
se ha rendido el sol del cielo.
(*Entranse, acuchillando á Doña Sol, y dicen dentro:*)

SOL. ¡Ay, que me has muerto!

LISUARD. ¡Mal haya
mi espada y mi ingratitud!
Tened, tened las espadas.

LAURO. Sobre la hierba ha caído,
volviendo en coral la grama.

LISUARD. Perderé también la vida
si á Sol la vida le falta.

ESCENA III

Salen la INFANTA LINDA y BLANCA.

BLANCA. ¿Cartas del Conde, señora?

LINDA. Sí, Blanca, del Conde son,
cuyas letras con razón
el alma besa y adora.

BLANCA. Desde el camino te escribe;
finezas de desposado
y galán enamorado.

LINDA. Con estos socorros vive
mi esperanza y mi deseo;
que no tiene la paciencia,
contra el rigor de la ausencia,
otras armas.

BLANCA. No te veo
alegre como solías;
todo te cansa y da guerra.

LINDA. Con el Conde á Ingalaterra
se fueron mis alegrías.
Como no has llegado á amar
no has sabido qué es tener
tristeza, llorar, temer,
esperar, desconfiar;
y mucho más que da el dueño
de esta ausencia, en cuya calma
toda es recelos el alma,
todo es temores el sueño.
¡Ay, Blanca, qué confusiones
quien quiere ausente padece;
y qué de miedo se ofrece
á las imaginaciones
cuando discurre quien ama
de veras! ¡Ay, Blanca míal
ven acá. ¿El Conde podría,
acaso con otra dama,
darme en el camino celos,
y en Ingalaterra, donde
las hay tan bellas?

BLANCA. El Conde
tendrá los mismos desvelos
acerca de tu memoria,
ó de tu olvido también,
pues te quiere el Conde bien.

LINDA. Blanca: del amor la gloria
mientras la presencia falta,
tiene suspensiones todas.

BLANCA. Presto tus dichosas bodas
el temor que sobresalta
tu pecho sosegarán.

LINDA. Entretanto temo, espero,
desconfío, vivo y muero,
que es, Blanca, el Conde galán,
y miro en él infinitas
partes para deseadas.

BLANCA. A las tuyas obligadas,
¿qué temores solicitas?

LINDA. Verdad es; mas puede ser,
ya que la mano le di,
que las mire el Conde en mí
como de propia mujer.

BLANCA. Tiene esta regla excepción
en quien son como tú eres,
que, aunque son propias mujeres,
deidades humanas son.
Al Conde le tengo yo
lástima, que irá perdido,
sin consuelo, sin sentido,
pues el bien que mereció
por dicha, se le dilata
con tanto rigor la ausencia,
valiéndose la paciencia
de una esperanza que mata
cuando comenzó el deseo
de la misma posesión;
que una Infanta de León
no es tan ordinario empleo,
que la privación de aquello
que ha de volver á gozar
no le mate hasta llegar
á gozallo y poseello;
y después de poseído
y gozado, nunca el bien,
que es tan soberano en quien
está pasando, es creído;
que pasa cuando se alcanza
con la misma posesión
el término á la razón,
el límite á la esperanza.

LINDA. ¡Qué bien que sabes hablar,
sin tener, Blanca, experiencia
en tan peligrosa ausencia!

BLANCA. Todo se viene á alcanzar
con el humano discurso.

LINDA. Escuchar cantar quisiera,
porque quien amando espera
nunca tiene otro discurso.
¿Has traído el instrumento
contigo?

BLANCA. Señora, sí;
el instrumento está aquí;
toma, señora, un asiento,
y templa con más prudencia
tu grave melancolía.

LINDA. Cántame, por vida mía,
algunas cosas de ausencia.

BLANCA. (*Canta.*) «Madre: aquella niña
de los ojos lindos,
matadores de hombres
sin ser basiliscos.
De su dueño ausente,
sus ojos son ríos,
su música endechas,
sus bailes suspiros.
Suspensa parece
que la han dado hechizos,
sospechas de celos,
temores y olvidos.»

LINDA. Blanca: no prosigas más,
que parece que cantando,
con los temores, hablando
de mis recelos estás.
Y si como son recelos
que se dan tanto á temer
llegasen acaso á ser,
Blanca, averiguados celos,
pienso que el seso perdiera;
poco es el seso, la vida;

tanto esa causa homicida
de tantos gustos hiciera
en mi pecho enamorado;
y así, desde hoy, no te asombres,
ni me lo cantes, ni nombres,
basta que me den cuidado.

BLANCA. Siempre te he de obedecer.

LINDA. ¿Quién viene?

BLANCA. Su Alteza.

ESCENA IV

Sale el REY ORDOÑO.—DICHOS.

ORDOÑO. Hermana:
¿tan á solas? la cuartana
de la ausencia debe ser.
¿Cómo se halla Vuestra Alteza
de su gran melancolía?

LINDA. Con Blanca me entretenía
cantando.

ORDOÑO. Tan gran tristeza,
sólo puede suspender
la voz de Blanca.

LINDA. Confieso
que debo infinito en eso
á Blanca.

BLANCA. Si encarecer
lo que servirte deseo
con eso intentas ahora,
toda la merced, señora,
que me estás haciendo creo.

ORDOÑO. Siempre la música ha sido,
en el amoroso asedio,
diversión, si no remedio,
porque es calma del sentido,
que esta es la razón de haber
fingido que suspendió
al infierno cuando entró
Orfeo por su mujer.
Para encarecer así
la fuerza de la armonía
un filósofo decía
que era deidad de por sí.
Que en nuestro mundo inferior
tienen partes soberanas
y son deidades humanas
amor, música y olor.

LINDA. Si añadiera la poesía
Vuestra Alteza, de otros cuatro
elementos al teatro
humano adornar podía;
que á la tierra, al agua, al viento
y al fuego, los cuatro son
de tan igual proporción
como cualquier elemento.
Primeramente la tierra
imita á la poesía
en la variedad que cría,
en la hermosura que encierra.
La música al agua imita
que va con músico estruendo
dulce consonancia haciendo
cuando al mar se precipita.
Al aire toca el olor,
y la cuarta y la postrera
del cielo, cercana esfera